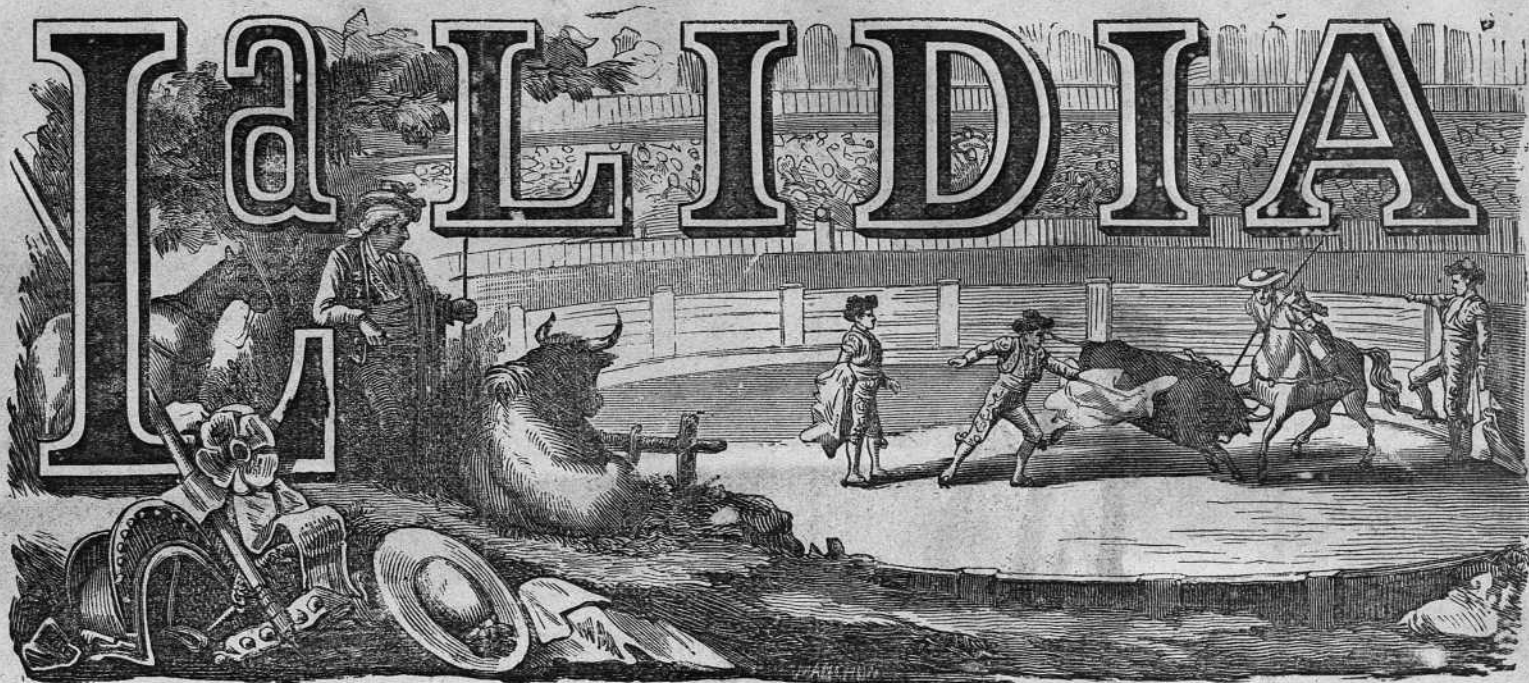


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



## PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. . . . . Pesetas. 2,50  
 Provincias: trimestre. . . . . 3

## REVISTA TAURINA.

## PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. . . . . Ptas. 2,50  
 25 íd. extraordinarios. . . . . 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

## SUMARIO.

La ganadería del Duque, por D. José Sánchez de Neira.—Toros mecánicos, por Sobaquillo.—Revista de toros (11 corrida de abono), por Don Cándido.—Pelegrinas.

## LA GANADERIA DEL DUQUE.

Es voz común, de más de veinte años a esta parte, entre ciertos aficionados a las corridas de toros, la afirmación de que los bichos procedentes de la vacada del señor Duque de Veragua han perdido mucho en pujanza y bravura, quedándoles únicamente, de lo que fueron en lo antiguo, la nobleza y la presencia.

Suelen asegurarlo así algunos, aunque pocos antiguos aficionados, y muchos de los que vienen asistiendo a nuestro circo taurino de diez ó doce años aca; falta á éstos, por lo tanto, la comparación indispensable para juzgar acertadamente; y á los otros, investigar las causas que puedan contribuir á justificar de algún modo su aserto; y por sí, respecto de unos y otros, podemos ilustrar las opiniones, vamos á intentar la explicación de la nuestra, que es de todo punto contraria á su creencia.

Tomaremos como base para comparar los modernos con los antiguos toros veragüenos, los presentados en las corridas celebradas en Madrid y Aranjuez mas recientemente, y haremos notar las diferencias que en la lidia se advirtieron entre ganado que procedía de una misma vacada. Pero antes afirmaremos que, hace veinte años, poco menos, cuando se lidiaban los toros «sin adornos» como ahora se dice, los toros del Duque eran lo que hoy son los que ya tienen cinco años; grandes, potentes y de buena sangre. Recordamos la corrida del 30 de Mayo de 1869, que fué la precedente á la en que el simpático Antonio Sánchez, el Tato, resultó perdido para el toreo, y en la que actuaron como espadas dicho Tato, Lagartijo y Frascuelo. Era la época en que Madrid había despedido de mala manera á los *quiebristas*, *recorteros* y *adornistas*; quería el público *la verdad*, y por eso aplaudía con justicia á dichos tres matadores, que se arrimaban *de verdad*: y al ver que «corriéndolos por derecho los peones», y no de otro modo, seis corpulentos toros del Duque, dieron gran juego, tomando sólo uno siete varas, y alcanzando los demás desde 10 á 18 puyazos, rectificaron su opinión los descontentos—que también entonces los había contrarios á la fama de la ganadería—y

confesaron que aún había toros de respeto.

Tenemos, sin embargo, la opinión de que si aquellos bichos hubiesen sufrido destronques por recortes y mareos, habrían concluido en el último tercio, de igual manera que los últimamente corridos.

En la corrida que con tanta alegría se verificó en la plaza de Aranjuez el día 4 de Setiembre de 1886, demostraron los toros del Duque buena sangre, bravura y algún poder, llegando cansados á la muerte casi todos, y dejando contentos á los aficionados. No fueron de gran corpulencia, se prestaron bien á la lidia, y remataron las suertes á placer, menos la de muerte, en que hubo necesidad de *ir á ellos*.

Otro tanto acaeció en la inolvidable función que en Madrid tuvo efecto el 26 de Mayo de 1887. De más lámina que aquéllos, de igual sangre y bravura, pero de mayor codicia, cumplieron como buenos, concluyeron menos apurados y dejaron contentos á los lidiadores y concurrentes, que es cuanto puede pedirse.

Pero llegó la corrida de Beneficencia del presente año; salieron al ruedo toros de gran romana, hermosos por lo bien criados; y en vista del juego á que se prestaron, se han renovado otra vez aquellas afirmaciones de que al principio hablamos, sin tener en cuenta nadie las condiciones de las reses.

Qué hicieron de malo los toros lidiados el domingo 10 de Junio actual? Lo que era forzoso hicieran, dadas sus cualidades. Empezar bravos, valientes, de gran cabeza, duros y pegajosos; continuar recelosos y en defensa, y concluir algunos huídos, buscando amparo contra los que tanto les molestaron. Claro es; toros de más de cinco años, *lucios* y de un peso, el que menos, de más de 400 kilos, no pueden soportar una constante faena de recortes y capotazos, sin rendirse ni acobardarse. Algunos remataron en las tablas, como pocas veces vemos, haciendo hincapié hasta romperlas.

Y la prueba de que esas y no otras, son las causas del aburrimiento de los toros, y que la mejor ó peor lidia influye de una manera importantísima en las condiciones de ellos, está en la comparación del número de varas que en las corridas antes citadas tomaron las reses. Ni en aquella corrida de Aranjuez ni en la del domingo pasado, hubo toro que admitiese más de ocho puyazos, y en la de Mayo llegaron á nueve y diez, sin que bajase ninguno de seis, al paso que en las otras descendieron á cinco.

El afán de conseguir un aplauso por un re-

corte, oír las palmas por una carrera larga, y alcanzar una ovación por un cuarteo, contribuye á mermar en alto grado las facultades de los toros que siempre son más durables en los ligeros que en los pesados.

El toro joven, como los cuatreños de Aranjuez y aun los de cinco yerbas de Madrid del año pasado, no se cansa tan fácilmente, revuélvese con más ligereza, y aunque no derriba con igual violencia que el de muchas libras, acude mas veces, porque sufre mejor los destronques que se le hacen. Esa es la causa y no otra, de la diferencia que advertimos entre aquéllos y los de la última corrida: no hay que buscarla en la sangre, calificándola de linfática, ó de flemática, no; que sangre buena mostraron, y de la misma bravura eran cuando no se les hacía correr, como ahora, de un lado á otro de la plaza, antes de ver los picadores; cuando al salir de éstos se les dejaba su viaje natural, sin interponerseles con *eso* que han dado en llamar medias verónicas, por no atreverse á cometer la herejía de calificarlas como enteras; cuando se les corría por derecho sin llamarlos á un lado y á otro *desvaneciéndolos*; cuando los banderilleros no tenían necesidad de suplicar á sus compañeros, que á fuerza de capotazos colocasen al toro; y cuando los espadas querían que á la muerte no llegasen las reses apuradas.

La ganadería no ha perdido; es lo que fué siempre. De primer orden.

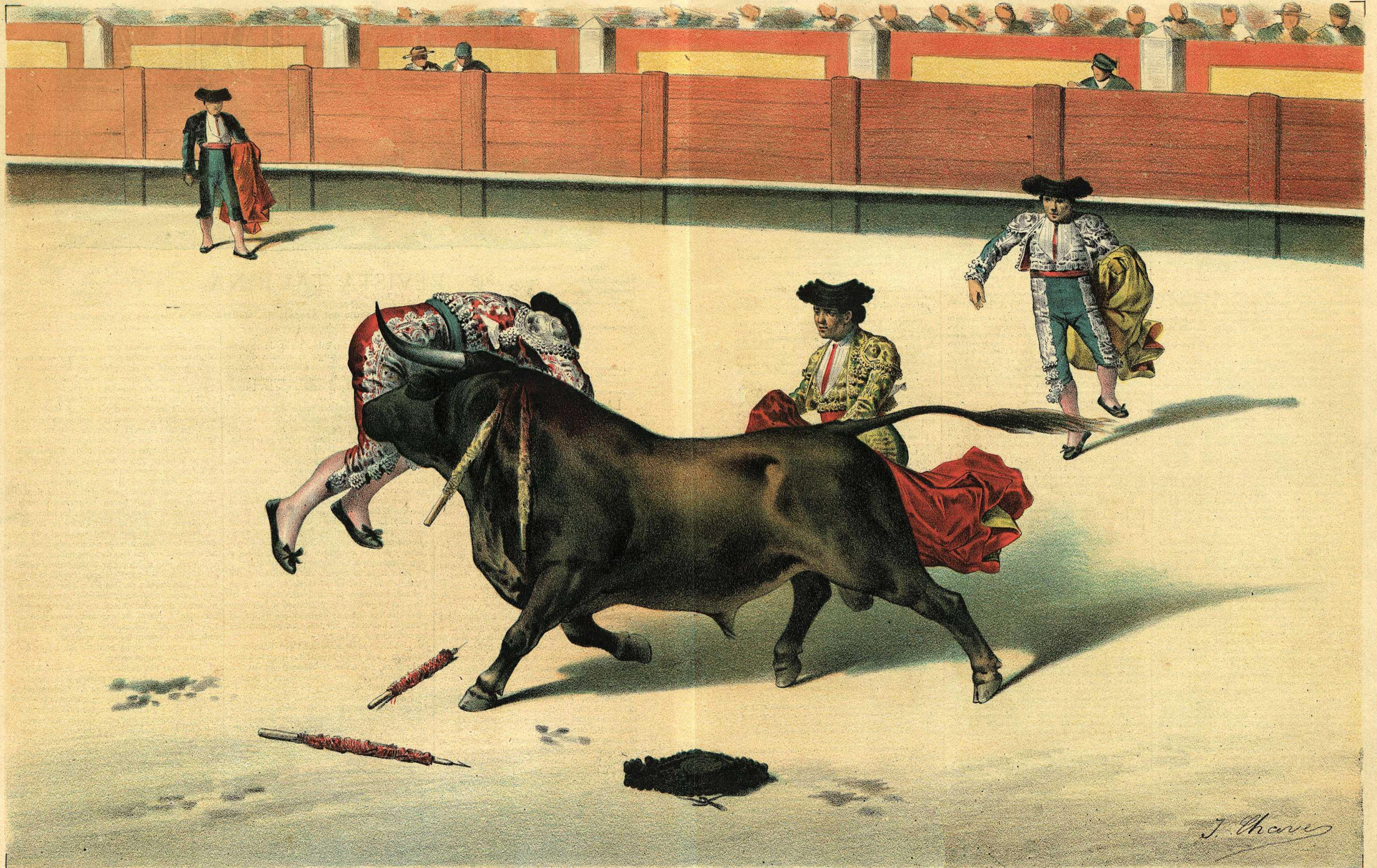
Las *cosas* han cambiado; qué hemos de hacer? Cada época tiene sus gustos, y lo que costó al Gordito salir de la Plaza de Madrid hace veinte años, es hoy lo que más se aplaude.

Por eso, y ya que los reglamentos y la costumbre inveterada son letra muerta, nos vamos á permitir un consejo á los ganaderos (que también tienen su parte de culpa en lo que toleran)

Crien toros *terciaditos*, sin dejar que los crecidos cumplan los cuatro años; cambienles de pastos un mes antes del día en que los hayan de lidiar, procurando llevarlos á otros peores, de los que siempre disfrutaron, con el fin de que adelgacen; que lo que pierdan en poder lo ganarán en ligereza: y no les importe que en vez de 15, 20 ó más varas, que antes tomaban generalmente, ahora se aburran á la 3.<sup>a</sup> ó 4.<sup>a</sup>. Los ganaderos gastarán menos, cobrarán más y... se divertirán «los que tanto gusto dieron al público en la corrida anterior,» como decían los carteles de novillos, en que se anunciaba mojiganga, al principio de este siglo.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

# LA LIDIA.



## TOROS MECÁNICOS.

Llegará á haberlos, si señor, ó el progreso es una palabra vana.

Tengo vivísima fe en los adelantos modernos, y poseo la firme seguridad de que no tardará en surgir un nuevo Juanelo Turriano que construya toros automáticos, tan perfectos como la maravillosa figura de movimiento que dió nombre en Toledo á la calle del Hombre de Palo.

¡Son tantos y tan pasmosos los inventos de hoy día. Leyendo pocos días hace un periódico, tropecé con una noticia que fué para mí revelación tan luminosa como la que descubrió á Newton la ley de la gravedad, ó la que sugirió á Antonio Carmona la invención del quiebro.

Referíase la noticia á un invento encaminado á salvar á los inofensivos pichones de ser víctimas en la diversión que tan en boga está en el mundo elegante.

Se ha inventado el modo de sustituir las aves vivas por un pichón de porcelana, lanzado al aire por medio de un aparato que permite imitar con gran exactitud el vuelo del pichón, de la codorniz y de la perdiz.

El pichón de porcelana—decía el periódico—atravesaba el espacio con un movimiento muy adecuado para el tiro al blanco.

Y añadía:

«El vuelo de esta clase de pichones artificiales puede ser regulado, desde el más tranquilo, hasta el vuelo, rápido como la flecha, de la perdiz.»

Contaba, por último, el diario en donde hallé cosas tan sorprendentes, que en muchos clubs de Inglaterra y en los Estados Unidos, sólo se emplean los pichones de porcelana, que son, además, mucho más económicos que las palomas vivas...

En una palabra: que el arte ó el artificio, lleva extraordinarias ventajas á la obra de la Naturaleza, y que la falsificación supera á la misma verdad.

Y de deducción en deducción, como el marido de *Cabeza de Chorlito*, dije para mi capote (no para el de brega, sino para el de lujo):

—Eso que se hace con los pichones, ¿no podría hacerse con los toros?

De tal suerte van poniéndose las ganaderías de reses bravas, que si un hombre de genio acertase á fabricar toros mecánicos, arruinaría en poco tiempo á todos los criadores de toros auténticos, dejándolos sin clientela.

Empresas y toreros preferirían los toros automáticos.

Las Empresas, porque sabrían á qué atenerse respecto de la calidad del género, y porque les saldrían mucho más baratos que los de carne y hueso, atendida la facilidad con que, una vez arrastrados, se les podría volver á armar, remediando sus desperfectos y dándoles cuerda nuevamente, para «torearlos» en corridas sucesivas.

Los preferirían también los toreros, porque conocerían de antemano las condiciones de las reses, puesto que la casa constructora expediría toros á la medida y á gusto del consumidor, con tantos y cuantos derrotes garantizados; con tales y cuales grados de bravura; con esta y aquella cantidad de empuje, velocidad, etc.

Y no crean por esto las almas sensibles que la vida de los lidiadores quedaría asegurada.

Conténtense esos espíritus generosos—ya que á los filántropos y humanitarios les interesa más la vida de las bestias que la de los hombres;—conténtense, digo, con saber que el prodigioso invento de los toros mecánicos librería de los horrores de la lidia á los pobrecitos jarameños, marismieños y colmenareños, que ahora pagan el pato.

Los toros de movimiento traerían fuerza sobrada para enganchar y enviar á lo alto á todo el que se descuidase, ni más ni menos que las máquinas de vapor, que arrancan un brazo, una pierna ó la cabeza, á quien más acostumbrado se halla á su manejo.

El arte, pues, no se menoscabaría en nada, y si desaparecían algunos floreos y jugueteos caprichosos que ahora se ejecutan *ad libitum*, se evitarían, en cambio, ciertos abusos que hoy privan.

¿Qué toro de los del nuevo sistema doblaría á fuerza de pinchazos y capotazos?

Esto sería imposible. Los capotazos serían inútiles con un artefacto inconsciente, y los pinchazos no servirían—dada la construcción del armatoste en puntas—más que para provocar arrancadas y embestidas que castigaran la torpeza del matador, poniéndolo cada vez en más peligro.

Para que el toro cayera, sería preciso que la estocada estuviera en la misma cruz, perfectamente recta, y hasta los gavilanes. *Et si non, non.*

¿A que sería más difícil, en resumidas cuentas, torear á las nuevas máquinas que á las reses de ahora?

Es decir; sería más difícil torearlas mal, y más fácil torearlas bien, porque las reses de movimiento estarían compuestas y construidas para no responder más que á las suertes ejecutadas en regla.

Así, ni los toreros tendrían para qué disculparse llamando *queyes* á los toros, ni los «ganaderos» podrían llamarse á engaño, como presentasen reses perfectamente dispuestas y acondicionadas.

A las que se interrumpiesen en plena lidia, se les daría cuerda, en equivalencia del actual vilipendio de las banderillas de fuego, y á las que no diesen juego alguno, se las llevaría al corral en brazos de los monos habidos, provisto cada cual de su cencerro correspondiente, á fin de conservar la tradición.

Y aquí dirá el lector, si es que no lo ha dicho antes.

—Hombre! Para broma basta.

Pues no basta, lector pacientísimo, por que continuando de deducción en deducción—siempre como el personaje de la comedia—he pensado también:

—Eso que se hace con los pichones, y que puede hacerse con los toros, ¿no podría hacerse asimismo con los toreros?

—Alto ahí—volverá á decir el lector:—usted, por lo visto, sueña con convertir el toreo en un espectáculo de *fantoques*...

Y yo confesaré mi error, y cantaré la palinodia, y reconoceré que, efectivamente, me he caído de un nido; pero diré en conclusión:

—*Fantoques* por *fantoques*, los de ahora son peores y más caros.

SOBAQUILLO

## Toros en Madrid.

11.<sup>a</sup> CORRIDA DE ABONO. 17 DE JUNIO DE 1888

Antes de entrar en la reseña de la corrida verificada ayer en Madrid, debemos reseñar de la manera más energética de un suceso acaecido pocas horas antes de dar principio el espectáculo, en los patios de la Plaza.

Un compañero nuestro, revistero de un periódico taurino de la mañana, fué agredido de obra por un insignificante y casi desconocido diestro (?) de la clase de picadores, que creyó vengar, de esta inconcebible manera, conceptos de apreciación vertidos por dicho periodista sobre su trabajo en la corrida de Beneficencia.

Afortunadamente, y comprendiendo lo extemporáneo del procedimiento, un espada que forma parte de la actual empresa, impuso sobre el terreno el correctivo merecido al agresor, manifestándole que, mientras él conservase dicho carácter, no volvería á pisar la Plaza de la Corte. Es lo menos á que puede someterse proceder tan anómalo, y tenga entendido el picador en cuestión, y todos los lidiadores en general, que el periodista tiene perfecto derecho para juzgar el trabajo que se ejecuta en público, y que toreros de más merecimientos y categoría, acatan prudentemente el fallo de la prensa.

Y no decimos más.

Seis toros de la ganadería de D. Vicente Martínez, procedentes de Colmenar, fueron los lidiados en la 11.<sup>a</sup> corrida de abono, y de los cuales vamos á ocuparnos brevemente.

*Berengeno*; colorado retinto, listón, meleno, cornigacho y bien criado. Salió con muchos pies, parándoseos Cara-ancha. Con poco poder y menos voluntad, tomó siete varas, dió dos caídas y mató un caballo. En banderillas y muerte bueno.

El segundo *Carabino*; castaño oscuro, listón, cornigacho y veletó. Con más voluntad que el anterior tomó siete varas, dió dos caídas y mató dos caballos. Algo quedado en palos y en muerte, bueno al principio y aburrido después.

El tercero, *Barroso*; castaño oscuro, listón, meleno y recogido de cara y de cuernos. Tomó á fuerza de acosones y sin poder, seis varas, dando dos caídas y matando un caballo. Llegó á banderillas receloso y acudiendo á la muerte.

El cuarto *Piñano*; castaño oscuro, listón, meleno, basto y cornalón. Tomó siete varas sin consecuencias, y no hizo poco, teniendo en cuenta como lo trataron. En banderillas y en muerte, un tanto guasón.

El quinto *Figurero*; del mismo pelo que los anteriores y cornicorto. Blando y topón aguantó siete varas dando tres caídas y matando un caballo. En banderillas y muerte hecho un manso.

El sexto *Palomito*; castaño oscuro, listón y sin cara ni cuernos; salió con un extraordinario lujo de divisas, pues ostentaba dos, una en el morrillo y otra en el hocico. Tomó siete varas, dió una caída y mató un caballo. En palos y muerte, un buey de carreta.

Como se ve, los toros presentaron variedad de pelos (todos fueron iguales) y casi igualdad de condiciones demostraron, y no llevaron á la vacada un átomo de gloria más que la que tenga adquirida. Debemos consignar, sin embargo, que en general estaban bien criados; pero esto no basta, y los toros de D. Vicente Martínez nos tienen acostumbrados á mejores peleas.

LOS MATADORES.

**Cara-ancha.**—El primer toro de la tarde se presentó en perfectas condiciones de nobleza á la hora de la muerte. Así lo comprendió el matador y toreándole con frescura, bastaron seis pases, algunos muy buenos, para que el diestro citase á recibir, señalando un pinchazo. Lástima que D. José no consumara la suerte por estar el toro algo humillado y echarse fuera antes de tiempo. No basta ver llegar; es preciso esperar y rematar la faena con serenidad y sin precipitaciones injustificadas.

Previos otros siete pases más, Cara-ancha tumbó al cornúpeto de una estocada á volapié, en su sitio, que le valió muchos y prolongados aplausos.

En su segundo, que traía las mismas condiciones, el espada se desconfió sin motivo, y engendró una faena en la que no vimos ningún pase digno de mención, y sin parar los pies un momento, dando por resultado media estocada atravesada, dos pinchazos en hueso y un bajonazo

mayúsculo, todo por consecuencia de tirarse desde lejos y cuartear al meter el brazo.

Con la capa y en las seis verónicas con que pretendió parar los pies al primer toro, tampoco estuvo Cara-ancha á la altura que suele, pues aunque dos de ellas fueron regulares, todas adolecieron de exceso de movilidad.

En quites y bregando, un tanto apático y reservado, siendo esto más censurable por actuar de director de lidia.

**Espartero.**—Al juzgar el trabajo de este diestro hemos de repetirnos indudablemente, porque vista una vez su manera de torear, es la misma que hemos de encontrar en él, mientras no consiga, y lo vemos difícil, adiestrar su mano derecha para buscar el sitio de la muerte. Fresco, ceñido y sereno con la muleta, siempre consigue palmas en esta parte de la faena: pero estoqueando es el reverso de la medalla. Como no tenga la fortuna de agarrar una estocada que con todos sus defectos, dé con el animal en tierra, el público se aburrirá de verle pinchar y nosotros de apuntar las veces en que esto sucede, puesto que á medida que las reses vayan perdiendo facultades, al matador le será más difícil concluir con ellas. Le falta al Espartero, según vemos, hasta el recu so del descabello.

Después de lo dicho, y en su justificación, sólo nos resta relacionar su trabajo de ayer. Al primer toro, intercalados entre veintiseis pases de toda especie, muchos buenos, y después de una pasada sin herir, le recetó cinco pinchazos, una estocada perpendicular y pecuocera, y un intento de descabello.

En el segundo estuvo breve en demasía, y no es extraño, puesto que después de once pases, entre ellos uno forzado de pecho superior, agarró un bajonazo hasta el puño, que hizo polvo al colmenareño.

En brega y quites, el espada sevillano trabajó con voluntad y á conciencia.

**Guerrita.**—Mala tarde para el simpático diestro cordobés. Si no les tenía á los bichos de Colmenar, cualquiera hubiese asegurado que era una cosa muy parecida.

Despegado y con gran desconfianza, Guerrita nos disgustó por extremo en la corrida de ayer, tanto más cuanto que los dos toros que le tocaron no traían nada que pudiera dar motivo á sus recelos. Acudiendo el primero con facultades á la muleta, el matador, de lejos y con visibles precauciones, le tomó varias veces sin castigarle, encorvándose más de lo conveniente, y volviendo la cara de una manera lastimosa.

Digno complemento de su estado de ánimo, fueron un metisaca tirándose de lejos, media estocada descolgada, un pinchazo en las tablas, media estocada en las mismas, atravesada, y un descabello, después de cuatro intentos, demostrando el público su disgusto.

No fué más brillante la lidia que dió á su segundo y último de la corrida, pero en este es más disculpable, porque el animal llegó á la hora suprema un tanto incierto, y lo que es peor, desarmando en el momento de sentirse herido. Con un pinchazo sin soltar, media un poco tendida, otra media arrancando algo atravesada, otro pinchazo sin soltar, otro en hueso y un descabello con la puntilla, se quitó de en medio al enemigo.

Amigo Guerrita: para cuándo son los bajonazos, si no se emplean con los toros que desarman y dan lugar á faenas tan pesadas?

Esperamos que tomará V. la revancha en la primera ocasión, y que nos dará motivo para aplaudirle, como de todas veras lo deseamos.

Bien en la brega, y compartiendo con los compañeros las palmas del público, en los quites.

LOS PICADORES.

Exceptuando algunos, muy pocos, puyazos, los picadores de tanta se pasaron la tarde picando en los bajos y rajando á placer.

LOS BANDERILLEROS.

Un solo toro, el 3.<sup>o</sup>, fué banderilleado como corresponde, por Mojino, que le clavó un par bueno, de frente, y otro superior al sosgo, y Almendro, que dejó un cuarteando, bueno también; los demás, parecía que llevaban la consigna de poner mellos pares y de dejar tantas banderillas en el suelo como en toda la extensión de la piel de los animales.

LA LIDIA.

Insoportable de recortes, capotazos, destronques, vuelatas, mareos, carreras y barullo general. Cada cual hacía lo que le daba la gana, y por de contado, nada bueno.

LA DIRECCIÓN.

Presúmanla Vds. por lo dicho en el parrafo anterior. Es menester, Sr. Cara-ancha, más autoridad sobre la gente y mayor energía para reprimir esos abusos tan repetidos, y que no deben tolerarse en la primera plaza de España.

LA PRESIDENCIA.

Acertada en todo. La tarde agradable, y la entrada mediada, y gracias.

DON CÁNDIDO.

Telegramas.

Sr. Sánchez Neira, *Alicante* 15 (8<sup>o</sup>20).—Toros Veragua, regulares; uno malo, caballos 16. Lagartijo y Lagartija muy buenos. Guerrita mejor en uno; volteado sin consecuencias.—7.

Sr. Sánchez Neira, *Alicante* 16 (7<sup>o</sup>15).—Toros Miura, medianos. Ultimo fuego. Caballos 11.—Lagartijo y Guerrita parearon 2.<sup>o</sup> toro, que fué superior.—7.

(Este telegrama no dice nada de los matadores.)

Sr. Sánchez de Neira, *Alicante* 17 (6<sup>o</sup>35 tarde).—Toros Hernández regulares; caballos 8; Lagartijo, Lagartija y Bebe, superiores. El primero brindó cuarto toro señorita Margarita García.—7.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenas, 27, MADRID.